

que lo visites con frecuencia: ¿me has comprendido?

— ¡Uhm! Lo pensaré. Fué la palabra postrera de John, á quien le pareció injusta la demanda de su madre.

XXXV.

MINA Y CONTRAMINA.

Mistress Needle no se atrevió á insistir más, temiendo acaso que su hijo le faltase gravemente. Retiróse con los ojos llenos de lágrimas, con el espíritu agitado por la cruel tempestad de sus afectos, y oprimida por angustias muy hondas. Atramentábase mucho no haber sabido contrarrestar el argumento de su hijo, y haber tenido precisión de recurrir á su autoridad, sin más fruto que descubrir en él un principio de rebelión, nunca temido anteriormente. ¡Afortunadamente aguardaban de un momento á otro á Julia!

Julia, fiel á sus promesas, llegó de Ná-

poles en la tarde del día más doloroso para mistress Needle. Una semana no cumplida de ausencia había hecho conocer mejor á la señora el precio de la joven, y cuánto la necesitaba: abrazóla, pues, sumamente conmovida, y con las lágrimas que saltaban de sus ojos. Apenas la hizo preguntas sobre su viaje y las cosas de Nápoles; entrando pronto á desahogarse sobre su propia desventura, le contó con afán los accidentes de aquellos pocos días. Julia lo escuchó todo, enterándose aun de los más pequeños particulares, con afectuosa solicitud, procurando con el mayor ahinco infundir el bálsamo de la compasión y de los buenos consejos en el corazón exulcerado de su amiga excelente. Sobre lo de John, suplicó ante todo á mistress Needle que se olvidára de la especie de injuria, atribuyéndola sólo á su índole tosca y tenáz, pero no á mala intención. Le dijo que recordándole sus palabras, le pondría en el caso de obstinarse y de promover una discordia formal, mientras que la condescendencia lo volvería pronto á su índole pacífica y complaciente. Calló que daba en su interior la razón al joven, por lo que hace á la sustancia, desaprobando el modo solamente. Por el contrario, pon-

deró de todo corazón el ejemplo noble que diera en el teatro mistress Needle, asegurándola que si bien no tenía grandes deseos de frecuentar los espectáculos, deploraba no haberse hallado junto á ella en aquella noche, para tener el gusto de imitarla. Aseguró que el teatro había llegado en Italia á corromperse de tal manera, después de las últimas revoluciones, que las señoras dignas no se atrevían á poner los pies en el coliseo sin enviar antes personas que se informáran de las representaciones; que en Milán, en Nápoles, en Turín y en Roma, ciertos teatros, se habían convertido en casas de público pecado, y que le complacía mucho que, no siendo del país, hubiese dado una lección de modestia á las señoras florentinas; añadió la joven que no se había de creer con facilidad que verdaderamente se reunieran en gran número para el odioso espectáculo, siendo creíble que las concurrentes constituyeran la hez y no la flor de las damas de la ciudad.

Por lo que hace al grave caso de sir Roberto, Julia se mostró sobre todo encarecimiento conmovida. Las obras y las palabras del caballero cumplidísimo le habían gustado extraordinariamente; prometió ir á visitarlo con frecuencia. Un desig-

no secreto movíala indudablemente: mistress Needle, no sospechándolo de ningún modo, le respondió:—Será difícil que puedas visitarlo mucho.

—¿Por qué?

—Porque, á fin de alejar á John de sus conversaciones, no veo mejor partido que marcharnos de Florencia.

—¿Habeis, por consiguiente, resuelto volver á Inglaterra?

—Aun no: es demasiado rígida la estación. Hoy mismo he mandado que alquilen una casa de campo sobre la colina de Fiésolle. Esta mañana, no bien oí la respuesta desagradable de mi hijo, que no sabe desprenderse de aquella casa, mandé á mi representante tomar un coche y no volver sin descubrir antes una casita fuera de la población, y sin acabar el contrato. Ya sabes que logro hacerme obedecer cuando lo quiero de veras. Fué obra de tres horas ó cuatro hallarla, verla y ajustarla. Está tomada, y la tengo á mi disposición. Mañana iré á verla; de todas suertes, sea lo que sea, trátase solo de algunas semanas, durante las que se derretirán las nieves de Parque verde: lo importante únicamente, sin duda, es que John no pueda ir á casa de Smith. Ahora bien. Pienso en tí para

disimular la partida, de modo que no aparezca demasiado evidente mi fin.

—¿Cómo? ¿Qué podré yo hacer?

—Hélo aquí: me aconsejarás esta tarde, después de comer, que conduzca las niñas á gozar algunos días del aire de la colina. Yo presentaré dificultades, y tú las solventarás pronto, resolviendo al fin hacer lo que propongas.

—Sabeis, señora, que yo sé fingir poco.

—Pruébalo: aquí no media mentira. En cuanto á ir, todo lo he previsto. Dejaremos en la fonda los baules grandes, conduciendo sólo al campo lo preciso para pasar en él tres semanas ó cuatro; á lo más, cinco.—

Mientras la madre afligida formaba estos designios juntamente con Julia, John había salido calladamente de casa. ¡Cuán acerba agonía hubiera sufrido mistress Needle á saber á dónde tornaba en aquel mismo día y en los siguientes, hasta que se fueran á la casa de campo! Dirigíase á la de sir Roberto Smith, desentendiéndose de la prohibición maternal, que á escrúpulo doméstico atribuía y que juzgaba contraria á la libertad de conciencia. Sólo, para no disgustar á su madre, hacía lo posible para que no se trasluciese á dónde

había ido. Llevábalo irresistiblemente su gran ingenio á las especulaciones literarias y científicas, así como su índole piadosa, que á su madre debía, empujábale principalmente á los asuntos religiosos. Además, sus conversaciones con miss Julia venían á servir como de incitativo y espuela para ver claro en las doctrinas católicas y en las protestantes. Mientras su madre lo juzgaba vagando por las galerías y por los paseos, sentado invariablemente junto al viejo Smith, filosofaba, discutía y teologizaba.

Curioso era su modo de introducirse. Después de saludar cortésmente, decía en sustancia.—Señor Smith, vengo á fin de terminar la cuestión de esta mañana. En la universidad de Cambridge me ocupé mucho en materias de religión y de puseísmo, pero...

—¡Oh! ¿Acaso han surgido en vuestro espíritu dudas contra nuestra Iglesia episcopal?

—No, nunca: mas me place la ciencia de las cosas supremas, y si no veo mal, el punto tocado esta mañana es el fundamento y el eje de toda la moral de Jesucristo. Cómo y por qué es justo el hombre, es decir, digno caballero cristiano.

—Joven, respondió Smith; esta demanda os honra mucho: reconozco que sois un verdadero inglés. He observado frecuentemente que nuestros grandes hombres de estado, de guerra, de comercio y de hacienda, conocen á fondo la religión. A pesar de nuestras heridas, el inglés no se olvida de la ciencia de la vida futura: toda la raza anglo-sajona de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, es una raza de animales religiosos, sin excepción casi. Únicamente los estúpidos pueden despreciar las cuestiones serias. Cuando sir Jorge Spencer, hecho ya católico y fraile, con sumo ardor, á fin de constituir la sociedad para la unión del cristianismo, fué á conferenciar, fuera de otros, con los ministros de Estado y con diversos estadistas, entre los cuales hallábanse lord Russell, lord Derby y lord Clarendon, no hubo ninguno al que grandemente no interesase oír los designios de la liga de oraciones fundada por el religioso. Cúmpleme sólo exceptuar á lord Palmerston, que si bien la reconocía sublime, desaprobó el fin. Si al propio tiempo Spencer hubiese hablado de plegarias con los ministros de Francia y de Italia, hubiera ciertamente

hallado el proceso de Jesucristo en la corte del rey Herodes. Aquí, sobre todo, los pretendidos grandes hombres me parecen grandes muchachos. Oídos en las conversaciones: un cartel de teatro es para ellos cien veces más importante que una cuestión religiosa...

Impaciente John de venir al punto, dijo interrumpiéndole:—Si en lo demás no lo soy, ciertamente soy en esto puro inglés. Venía precisamente á fin de agotar la cuestión que comenzásteis con mi madre.

—¿Qué más deseáis?
—Quisiera que me trazárais una línea clara entre la doctrina papal y la nuestra. Tengo en casa ciertamente una maestra, que se denomina miss Julia, la cual presto y gustosamente me explicaría su fe; mas no concluyo de ver desvanecidas mis sospechas de que adorna sus teorías: ¡tan especiosas las hace! Por el contrario, de vos me fío enteramente.

—Me considero muy honrado por vuestra confianza. Considerad, sin embargo, que no me demandais una disertación, sino un libro.

—Un libro no, repuso John; el índice más bien.

Sonrió el viejo por esta expresión del

joven, comenzando gravemente:—Reduzco todo el libro, ó más bien su índice, á cuatro palabras sustanciales. Para los papistas la justificación es el pasaje del estado de desgracia al de gracia, ó de amistad con Dios.

—Me parece, dijo John, que también nosotros los anglicanos lo entendemos así.

—Sí, en la superficie de las palabras; en el tondo del sentido hay una profunda é irreconciliable oposición.

—Es propiamente lo que quisiera yo entender.

—Los católicos, prosiguió Smith, hablando de este fenómeno espiritual, distinguen tres tiempos: en el primero surge la justificación; en el segundo se completa, y en el tercero subsiste ó se perfecciona.

—Perfectamente, gritó John lleno de gozo; esto me interesa por demás.—Y acercó su silla al sillón de sir Roberto.

—¿Cómo se engendra en nosotros el estado de gracia? (comenzó el viejo con tono de profesor.) Se inicia el cambio por el socorro sobrenatural de la Divinidad, que invita y compele al alma pecadora, ó, como dicen los teólogos papistas, con la gra-

cia preveniente otorgada á la criatura por los méritos del Redentor. Bajo el influjo benigno y continuado de este auxilio celestial, el hombre abre voluntariamente su corazón al rayo de la fe; ésta la conmueve y agita con el espanto de los juicios de Dios, ó las esperanzas de las promesas celestiales, hasta desprenderse por su voluntad el alma del amor del mal, dirigiéndose al soberano Bien, que principia entonces á amar, siendo por El querido; en este último acto el hombre queda constituido justo con una justicia verdadera y permanente por su índole.

—Yo, dijo John, no hubiera sabido formular el concepto analíticamente, aunque lo comprendía en general así. Me asombro de hallarme papista sin saberlo.

—Los papistas, siguió diciendo sir Roberto Smith, explican después la propia naturaleza del nuevo estado infundido y formado por la divina Bondad, así como su conservación, diciendo que lleva consigo un moral enderezamiento del alma: en él es perdonado, abolido, aniquilado y destruido el pecado, surgiendo en su lugar una rectitud habitual, con inclinación á la observancia de la ley de su amadísimo Señor, no obstante la lucha de las pasio-

nes. En su virtud el hombre, intrínsecamente ordenado de nuevo, es realmente justo y santo, amigo de Dios, templo del Espíritu Santo, hijo adoptivo del Omnipotente heredero y coheredero del reino celeste con Cristo, su hermano primogénito, miembro místico del Jefe celestial de la Iglesia, del que y por el que influye mucho en él la vida de la gracia habitual, ó habitual amistad divina.

—¡Admirable concepto! exclamó John; ¡magnífico! ¡asombroso! ¡Oh si fuese verdadero! Aún me gustara más la doctrina si, en el trabajo interior de la conversión, los católicos dieran una parte más importante á la fe, á la cual tanto atribuye San Pablo.

¿Qué decís? replicó Smith; reconociendo los papistas los verdaderos derechos de la libre voluntad humana y de la caridad en la transformación del alma del estado de culpa al de gracia, no niegan poco ni mucho la obra de la fe: por el contrario, atribuyen á ella el fundamento, el principio y el germen de la conversión. Según ellos, la luz de la fe divina es la primera que toca el alma sumida en las tinieblas de la ignorancia y de la culpa; la fe gratuitamente la llama, aunque inméritamente, re-